

El abrigo rojo

Xavier Dueñas



Antes de leer

Hay gestos que parecen pequeños, casi invisibles, tan cotidianos que apenas dejan huella en el instante en que suceden. Regalar un abrigo viejo, abrir la mano en lugar de cerrarla, ofrecer consuelo sin nombre ni promesa. A menudo los realizamos sin pensarlo demasiado, sin saber que, en ese acto simple, estamos sembrando algo en la tierra secreta del tiempo. Porque hay acciones que no concluyen cuando se ejecutan: siguen su camino en silencio, cruzan estaciones, cambian de forma y, un día, regresan con un rostro distinto.

Este relato nació de una certeza: todo lo que damos desde la verdad vuelve. No siempre como lo imaginamos. No siempre como lo esperamos. Pero regresa. Como la luz al amanecer. Como el canto del mirlo tras la tormenta. Como el amor que ofrecimos cuando nadie lo pedía.

A veces, aquello que dimos sin importancia se convierte, con el tiempo, en la cuerda que nos sostiene. Y ese regreso, sereno, sin estridencias, da sentido a muchas cosas que antes parecían dispersas. Esta historia, aunque sencilla, es una carta escrita con gratitud hacia esos momentos que creímos fugaces, pero que, en silencio, habían echado raíces en nuestra memoria.

El abrigo rojo

Aquel invierno llegó sin pedir permiso, como llegan todos los que duelen: sin alboroto, sin disculpas. El viento se colaba por las rendijas de las ventanas, y las ramas desnudas de los árboles se alzaban al cielo con una fragilidad que parecía súplica. Una tarde, mientras ordenaba el armario del pasillo, mis manos toparon con el abrigo rojo. Fue un roce leve, casi tímido, pero suficiente para detener el ritmo de mi respiración. Lo saqué despacio, con esa ternura que se reserva para lo que lleva mucho tiempo dormido.

El forro aún guardaba un aroma tenue: a madera seca, a un perfume que ya no uso, a una parte de mi vida que se cerró sin ruido ni ceremonia. Era cálido, hermoso, de lana gruesa y cuello amplio, con aquellos botones grandes que parecían querer quedarse anclados al presente. Había sido un regalo, uno de esos que llegan en un instante luminoso y, por eso mismo, llevaba años sin usarlo. No porque no ofreciera abrigo, sino porque me llevaba de regreso a alguien que ya no estaba, y con él, a la parte de mí que se marchó en su ausencia.

Esa tarde comprendí que era momento de dejarlo partir como un acto de gratitud. Porque cuando un objeto guarda tanto amor, aferrarse a él es otra forma de encierro. Y yo ya elegía abrir.

Lo envolví en una bolsa de papel, junto con un par de bufandas y un jersey de lana. Crucé la calle sin pensar demasiado. Caminaba despacio, sintiendo que cada baldosa era una estación del duelo. El centro de acogida no quedaba lejos: una parroquia antigua, con olor a sopa caliente, a suelo mojado, a humanidad cansada. Dentro, unos voluntarios colocaban lo recibido en estanterías improvisadas. No hacían preguntas. Les bastaba con saber que alguien necesitaba lo que otro ya no podía sostener.

Entregué la bolsa sin ceremonia, con un gesto que quería ser neutro, aunque en el fondo llevaba toda mi historia suspendida en el tacto de aquel abrigo. Me giraba para marcharme cuando la vi. Una niña. No tendría más de doce o trece años. La piel reseca, los labios agrietados por el frío, las mejillas delgadas, con la expresión de quien lleva el invierno instalado por dentro. Un voluntario le ofreció el abrigo y ella lo tomó y lo estrechó contra el pecho como si reencontrara algo que ya conocía. Guardó silencio. Yo también. Y en ese cruce de miradas, el tiempo pareció suspenderse: mis ojos llenos de memorias, los suyos desgastados por una vida que recién comenzaba.

El abrigo rojo

Algo se encendió entre nosotras, algo que no sé nombrar, pero que quedó flotando, como una llama que no necesita cuerpo para arder.

Regresé a casa con las manos en los bolsillos. El frío parecía menos punzante, o tal vez era yo la que había cambiado. Sentía el hueco del abrigo, como se siente la falta de una fotografía retirada de su marco. Pero también percibía una ligereza nueva, como si algo en mí se hubiera soltado al fin. Caminaba sin prisa, sin necesidad de llegar a ningún sitio. Observaba las ventanas iluminadas, los portales cerrados, las farolas temblando en la brisa. Pensaba en esa niña y en los inviernos que aún le quedaban. Pensaba también en los míos, en lo que había perdido, y en todo lo que, sin saberlo, todavía ofrecía.

Comprendí entonces que no siempre sabemos a dónde va lo que entregamos. Que los actos más verdaderos suelen ser también los más invisibles. Y que, por eso, muchas veces se quedan flotando, como una brasa encendida, hasta que un día —sin anunciar— regresan convertidos en calor.

EL REGRESO

Desperté sin saber con certeza dónde estaba, envuelta en la niebla densa que deja la anestesia cuando el cuerpo aún no ha hecho las paces con el dolor. Todo era blanco a mi alrededor: las sábanas tendidas, el techo inmóvil, la luz mortecina filtrándose por una cortina grisácea. Un zumbido leve vibraba en algún aparato cercano, junto al pitido intermitente de un monitor y una respiración fatigada que, al cabo de unos segundos, reconocí como mía. Sentía frío en los pies y una oquedad aún más profunda en el centro del pecho, como si algo se hubiese soltado dentro de mí sin encontrar aún el camino de regreso.

Los detalles se me escurrían como agua entre los dedos. Recordaba vagamente la caída, la operación, la llamada de auxilio —quizá hecha por un vecino—, pero todo resultaba borroso, impreciso. Lo que sí percibía con total nitidez era esa soledad áspera que se instala en los hospitales, esa que se manifiesta cuando no hay nadie al otro lado de la puerta, cuando ninguna voz conocida pregunta ni alivia. Me pregunté si alguien cruzaría ese umbral, si, además de los médicos, quedaba alguien a quien le importara cómo me sentía. Cerré los ojos, con un temblor que nacía muy dentro, más cerca del alma que del cuerpo.

Y entonces, como respuesta a esa pregunta muda, ella entró.

El abrigo rojo

Era joven, delgada, con el cabello recogido en una trenza suelta que le caía por el hombro como un hilo de historia. Vestía el mismo uniforme que los demás, pero su presencia tenía un aire distinto, una serenidad que no se aprende ni se ensaya. Se acercó despacio, sin invadir, con la intuición de quien sabe que un cuerpo herido necesita tanto silencio como atención. Me saludó con una sonrisa tibia y pronunció mi nombre con suavidad, no como quien repite lo que lee, sino como quien lo rescata del olvido.

Me tomó la temperatura, me ofreció un sorbo de agua, me acomodó la almohada con esa delicadeza que nace de comprender que, a cierta edad, incluso el gesto más leve puede doler. La observaba en silencio, sintiendo que en ese primer contacto ya había recibido más consuelo que en todas las llamadas que quedaron sin respuesta. En sus manos había una ternura antigua, una forma de cuidado que parecía venir de otro tiempo. La sensación de cercanía era extrañamente íntima, como si ella ya supiera algo de mí y mis heridas le fueran conocidas.

No buscaba explicaciones. Había aprendido que, a veces, la vida simplemente ofrece su luz en los momentos más inesperados.

Con los días, su rostro se volvió el único que aguardaba. Ya no consultaba el reloj ni pensaba en visitas que no llegarían. Lo único que sabía con certeza era que ella regresaría. Siempre lo hacía. A veces traía una taza de té, otras un pañuelo limpio, otras una palabra breve, de esas que no intentan consolar, pero acompañan. Hablaba poco, y yo tampoco necesitaba hablar. Bastaba con su presencia. Me fijaba en cómo me cubría los pies, en cómo alisaba la manta, en cómo apartaba con ternura un mechón de cabello de mi rostro. Había en sus gestos una familiaridad que me tocaba sin explicaciones.

Una tarde especialmente gris, con la lluvia golpeando los cristales se quedó unos minutos más. Se sentó a mi lado y me tomó la mano, con una naturalidad que convertía ese gesto en hogar. Cerré los ojos, y durante un instante, el miedo se disolvió. Pensé, con esa lucidez frágil que traen los días rotos, que esa muchacha —aunque no pudiera entenderlo del todo— me estaba devolviendo algo que yo había ofrecido mucho tiempo atrás. No recordaba el qué, ni el cuándo. Solo sentía que esa mirada suya ya había vivido en otro cuerpo, en otro tiempo. Como si en algún invierno lejano, hubiéramos compartido la misma necesidad de calor.

LA REVELACIÓN

El abrigo rojo

Era una de esas mañanas en las que la luz entraba con un sesgo distinto, más blando, más obílico. El hospital seguía igual: paredes blancas, pasos apagados por suelas de goma, el zumbido constante de las máquinas. Pero esa mañana, algo era distinto. Tal vez yo. Tal vez el modo en que empezaba a aceptar que hay cosas que ya no vuelven, que el cuerpo ha aprendido nuevos lenguajes, que ciertos dolores se asientan sin desvanecerse, pero también que existen presencias que curan sin bisturí, sin palabra.

Ella apareció como cada día, sin anunciarse, con el rostro sereno, el gesto recogido y en las manos ese cuidado intacto que no parecía agotarse. Cambiaba la bolsa del suero cuando lo dijo, sin mirarme, con una voz que parecía hablarle más a un recuerdo que a mí:

—Cuando era niña, alguien me dio un abrigo rojo. Tenía tanto frío que pensé que iba a morirme. No recuerdo su rostro, pero nunca lo olvidé.

Las palabras cayeron en la habitación como una piedra lanzada a un estanque inmóvil. Por un instante, el mundo entero se detuvo. Sentí cómo el pecho se estrechaba, cómo el corazón latía con una fuerza distinta. No era miedo, pero tampoco certeza absoluta. Era más bien una intuición honda, una sospecha que germinaba como flor bajo tierra húmeda: frágil aún, pero viva. La miré. Seguía concentrada en el gotero, aparentemente ajena a lo que acababa de soltar. O quizás no. Quizás supo lo que decía en el mismo segundo en que lo pronunció, y por eso eligió guardar silencio.

Me vi a mí misma, muchos años atrás, en aquel centro de acogida, el abrigo rojo entre las manos, el alma temblando por lo que estaba soltando. Y la vi a ella —pequeña, flaca, con la piel agrietada por el invierno— estrechando aquella prenda contra su cuerpo como quien encuentra refugio al borde del abismo. El recuerdo era tan vívido que dolía.

Callé. No era necesario decir nada. Hay momentos en que el alma reconoce lo que la vida le devuelve, y el silencio se convierte en gratitud verdadera. La contemplé con una ternura nueva, como si el tiempo me hubiera devuelto a esa niña sin nombre que un día cobijé sin saberlo. Quise acariciar su rostro, decirle que sí, que era yo, que también temblaba aquella tarde. Pero no lo hice. Me limité a sonreír, permitiendo que el reconocimiento fluyera entre nosotras como un hilo invisible que no precisa ser nombrado.

Recordé entonces las palabras que me repetí al regresar a casa aquel día: que quizás nunca sabría quién recibiría mi gesto, pero que deseaba —con todo mi corazón— que llegara justo

El abrigo rojo

cuando más se necesitara. Y allí estaba ella, devolviéndomelo. Como si el tiempo hubiera girado con ternura para cerrarse en ese instante exacto.

Antes de irse, me cubrió con la manta, me acomodó el cuello del pijama y me rozó la mano con un gesto que no venía del protocolo, ni de la costumbre, ni del deber. Era un gesto hecho de memoria y destino. Entonces le tomé la mano con la poca fuerza que me quedaba y susurré:

—Gracias, cariño... gracias por cuidarme tan bien.

Ella no respondió. Bajó la mirada un momento y asintió, con los ojos brillantes. Tal vez en ese gesto también estaba su certeza.

Me quedé sola después, pero no hubo soledad. Sentí que algo se completaba, como una página que, tras años en blanco, por fin se llena con la frase esperada. Comprendí que todo en la vida regresa, sí, pero no como un eco ni como juicio o recompensa. Regresa como semilla que brota en otra tierra, en otro cuerpo, en otro tiempo. Vuelve como caricia, como abrigo, como esa respuesta callada del universo que nos recuerda —sin avisar— que no estamos solas. Que cada gesto amoroso ofrecido sin esperar retorno encuentra, tarde o temprano, su camino de regreso. A veces, cuando ya lo habíamos olvidado. Otras, justo cuando más lo necesitamos.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>